

Dinosaurios

Son las dos de la madrugada y el escritor se halla en un cuartito, sentado a una mesa; el cuartito forma con otros dos una pequeña casa en un extremo de la ciudad. La pantalla de una lámpara eléctrica que hay en la mesa proyecta sobre la superficie del tablero un círculo de luz y sume en penumbra el resto del cuartito. El codo izquierdo sobre el tablero, la cabeza apoyada en la palma de la mano, el escritor medita ante unas hojas de papel en blanco bañadas por el círculo de luz. De vez en cuando se oye el eco de lejanos disparos incitados por el toque de queda.

El escritor al fin logra hilvanar mentalmente ciertos hechos que en conjunto plasman una intención. Acaba, pues, de concebir una historia, la historia que venía persiguiendo desde hace muchos días. En esta primera instancia puramente mental el escritor tiene la historia sólo en sus hechos esenciales, una suerte de síntesis o boceto, pero aun así es ya una pieza unitaria, algo con un punto de partida y otro de llegada.

Está, pues, en condiciones de escribirla. En esta tarea, de entre las acciones y situaciones que se sucedan en la imaginación para expandir los hechos esenciales, el escritor sabe que solo tendrán cabida en el relato las que pasen por el tamiz de la lógica terrible con que la intención de la historia habrá de vigilar desde la conciencia. Luego de una contienda de planteamientos, modificaciones y reajustes, en la que valiéndose de un lapicero ha diseñado sobre una de las hojas la estrategia con que habrá de entregar los hechos, coge otra hoja y con el lapicero empieza a escribir el relato:

«En el centro de una habitación un hombre permanece inmóvil en una humilde silla de palos, junto a una mesita, mirando desconsolado como si meditara en una desgracia. El hombre parece tener setenta años. Por momentos las arrugas de la cara empiezan a despertar y van configurando esa imagen dolorosa del escombros como cuando se está a punto de llorar. Entonces el hombre cambia de posición, se levanta, da unos pasos y vuelve a sentarse».

El escritor prosigue:

«La habitación está construida de viejas esteras sostenidas por unos palos y es toda la casa en que vive este hombre. Un trozo de estera a modo de puerta cubre por fuera una abertura de acceso y está sujeto con amarras a uno de los bordes verticales que delimitan la abertura. La casa es una de miles y miles —todas iguales—, levantadas con desesperación en un vasto arenal, a muchos kilómetros de la ciudad. Es media-

noche. Un candil de kerosene revela desde la mesita —una mesita cansada, descolorida, trémula— que el hombre no está solo. Cerca a una de las esteras una mujer duerme en un vetusto colchón de paja que reposa sobre unos cajones vacíos. En otro colchón de parecido talante, instalado enfrente y en forma análoga al anterior, duermen cinco niños. Contra la estera del fondo se ve una olla ennegrecida sobre un ennegrecido fogón apagado, hecho con dos piedras largas dispuestas en paralelo sobre la arena. En la mesita hay jarros y platos desportillados».

Un pensamiento desvía del relato al escritor. Ve en una habitación de la ciudad a un individuo corpulento, algo gordo, rigurosamente acicalado. La habitación es una de las del hotel Sheraton. ¿Es necesario decir —piensa el escritor— que esta habitación, como todas las de los hoteles Sheraton construidos en grandes ciudades del mundo, es costosísima y está dotada de las más inimaginables comodidades? Son los primeros momentos de la noche y el individuo está leyendo un libro; el libro se titula *Cómo triunfar en los negocios*, ha sido escrito por un yanqui de nombre ilegible y traducido al castellano por un español. El escritor logra ver una página del libro. La página aconseja tener fe si se quiere triunfar en los negocios. «Para triunfar en los negocios —dice la página— es indispensable tener fe en que se va a triunfar en los negocios». El consejo le parece al escritor un círculo vicioso. El escritor alcanza a ver otra página. Ahora el libro recomienda

ser practicante de alguna religión creada exclusivamente para los negocios, en la que todo el rito gira en torno a la idea del triunfo. El escritor recuerda que en Japón existen varias religiones con tal propósito, algunas de las cuales empiezan a ganar adeptos en Latinoamérica, y acaba por evocar unos versos de no recuerda ahora qué poeta que ironizan con amargura la mentalidad con que ven el mundo algunos individuos: «Ellos lloraron la tragedia de Hiroshima / porque durante veinte años / no se pudo instalar ahí / un negocio». El escritor ve ahora que el individuo se encuentra simultáneamente en cuarenta habitaciones del hotel. Todos tienen un ejemplar del libro. Ahora salen de sus habitaciones llevando el libro y se dirigen hacia un gran salón donde espera una larga mesa servida con viandas exquisitas. A medida que ingresan se encaminan al fondo del salón y depositan el libro en un altar; luego ocupan en la mesa sus lugares debidamente reservados. Antes de ponerse a engullir la cena, se levantan de la mesa, se acercan al altar y efectúan extrañas gesticulaciones como en un rito. En seguida cada cual dicta a un asistente una orden. Los asistentes salen a la calle y entregan a un enjambre de mensajeros miles de sobres lacrados. Una interminable columna de automóviles aguarda. Cada mensajero aborda de prisa uno. Se encienden los motores, y los vehículos se alejan en distintas direcciones. En el salón los cuarenta individuos prueban el primer bocado y al instante se les ve mucho más gordos. El es-

critor no ha podido entonces reprimir una exclamación que a la vez es de asombro, de protesta y de advertencia. Ahí, entre las cuatro paredes de su cuartito, aún resuena lo que acaba de exclamar: «¡Por Dios, señores, que un día de estos ustedes van a reventar!».

El escritor se desembaraza de lo que lo había apartado de su relato y piensa en el hombre del arenal. Repasa la estrategia que ha decidido seguir, lee los dos párrafos que ha escrito y se apresta a reanudar la escritura del relato. Pero su imaginación se desvía y trae una convergencia inexplicable: el escritor ve a uno de los mensajeros golpeando la puerta del hombre del arenal. El hombre se sobresalta como un enorme latido. Al punto se pone de pie, se aparta de la mesita y se sumerge en una quietud alerta, como si se le hubiera aguzado una sospecha. El mensajero torna a golpear la puerta, y el hombre, con el cuerpo en tensión, va y abre. El mensajero estira la mano para entregarle un sobre; el hombre rehúsa recibirlo y le dice que se retire. El mensajero insiste. El escritor imagina una explicación: los individuos que se hallan en el hotel Sheraton son representantes de las empresas transnacionales que operan en el país, y esta noche celebran con un banquete las prerrogativas que les acaba de dar el gobierno para incrementar con desmesura las ganancias de sus grandes negocios. Claro que tanto ellos como el gobierno —piensa el escritor— prefieren el eufemismo de «incentivos al capital empresarial», antes que hablar de prerrogativas. El hombre

del arenal —prosigue explicándose el escritor— ya tenía conocimiento de la existencia de tales prerrogativas; por eso esta noche se le ha visto desconsolado como si meditara en una desgracia y por eso ha estado varias veces a punto de llorar. Más aún —termina de explicarse el escritor—, el hombre rehúsa tomar el sobre porque sospecha que lo que contiene es consecuencia de las prerrogativas. El escritor ve ahora que, ante la insistencia del mensajero, el hombre coge resueltamente el sobre, lo abre y extrae dos hojas de papel. Una contiene la relación de los nuevos precios —exorbitantes, elevadísimos— de productos alimenticios y farmacéuticos. La otra hoja dice brutalmente: «Está usted despedido del trabajo». El hombre va a la silla y se sienta, abatido. Transcurren dos, tres, cuatro minutos. Luego advierte que ha olvidado cerrar la puerta y que el mensajero aún permanece en el umbral. Lo interroga con la mirada, extrañado, y el mensajero explica que tiene el encargo de irse con una respuesta. El hombre considera que eso ya es el colmo, no otra cosa que sadismo. Entonces se levanta de la silla con una agilidad insospechada, y de pronto su rostro, su cuerpo entero y sus movimientos parecen haber rejuvenecido, haber dejado los setenta años que los agobiaban y ser ahora los de un hombre de treinta. El escritor cree saber ahora por qué muchísimos hombres, mujeres y niños viven en el mundo sopor-tando una carga de años de más. El escritor ha oído entonces lo que el hombre ha respondido al mensajero,

quien de inmediato se ha marchado. Ante esa respuesta, el escritor llega a la conclusión de que seguir escribiendo la historia que había concebido, ya no tiene ningún sentido. El hombre, con voz grave, desgarrada, ha dicho:

—Dícales que los dinosaurios se extinguieron porque su monstruosidad creció demasiado.